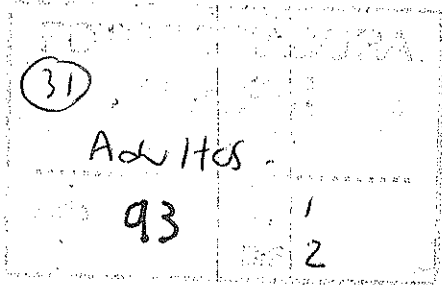


LIBRO: NEUROSIS OBSESIVA
COMPULSIÓN Y FEMINIDAD

CAPITULO: PERSPECTIVAS FREUDIANAS
Y LACANIANAS DE LA NEUROSIS
OBSESIVA.

- VERÓNICA CARBONE
- NORBERTO ELIZONDO
- ANA C. NETARIC
- ADRIANA M. RUBINSTEIN



perspectivas, entre las que es posible establecer diversas articulaciones. Perspectivas cuyos hilos e *impasses* será necesario recorrer en el camino de un análisis.

Volveremos sobre estas cuestiones a partir de los casos.

CASOS

Caso 1

El paciente contaba 40 años cuando solicitó retomar un análisis que había interrumpido muchos años atrás. Durante ese tiempo dice haber mantenido "una vida equilibrada: de casa al trabajo, del trabajo a la facultad y de la facultad a casa". Pero progresivamente se había instalado en él una amargura que vinculaba a su falta de interés por aprender, así como una extraña violencia hacia sus pares. Sentía que actuaba obedeciendo obligaciones, que no tenía derecho a las cosas. Sin embargo a esta afirmación se le interpuso la pregunta: "¿Quién me dijo que no tenía derechos?"

Ese interrogante lo remitió a un recuerdo infantil y a otros de su adolescencia vinculados a situaciones en las que su madre lo reprendía furiosamente y sin razón; y que le provocaban un profundo sentimiento de desamparo e indefensión que se agudizaba especialmente cuando aquella amenazaba con suicidarse. El padre se mantenía ausente ante estas cuestiones, no interviniendo en los desbordes de su esposa. Impotencia, miedo y dudas eran las coordenadas bajo las cuales vacilaba la existencia de este paciente, compensada por la duermevela de un fantasma que él leía en parte como resignación.

¿Qué conmovió su mundo particular? Una tía le expresó su deseo: "Mi mayor alegría sería ir a tu casamiento", contrariando así el silencio de sus padres sobre su vida amorosa y sexual. Este anhelo, escuchado como demanda, aviva su larvado interés amoroso por una compañera de trabajo. Sin embargo, sus planes para abordarla hacen agua al acercarse a ella: tiembla y se paraliza no pudiendo decirle nada. Su pregunta se renueva: "¿Tengo derecho a acceder a una mujer?"

¿No estaré violando alguna prohibición?”, a lo que se responde: “No me veo con una mujer, desde chico pensé que iba a fracasar con las chicas... sería extraño que presentara a una novia en mi casa”.

Un sueño acompaña esta afirmación: “Me había acostado con una amiga, pero sólo a descansar, sin intenciones sexuales. Surge una conversación: si capar al gato o no”. Esto último es el resto diurno de una conversación ocurrida en la oficina, en la que se discutía la posibilidad de castrar a un gato al que los repetidos estados de celo le mantenían los testículos hinchados. La pregunta por el tener o no derecho y lo prohibido, arrojó una primera significación: él tenía que excluir el interés sexual, ya que vincularse de este modo con una mujer, lejos de afirmarlo virilmente, lo exponía a la amenaza de “perder los huevos”.

En el recorrido de su novela familiar se puso de manifiesto un encendido odio hacia ambos padres. Hacia la madre, porque “siempre me controló con la mirada”. Al mismo tiempo se irritaba consigo mismo, con su “no-poder” divertirse, abordar a su amada, realizar el coito.

Reseñaba su vida como “una antigua soledad” que lo sujetaba a ser “pobre en experiencias de vida”, que lo volvía “temeroso e infantil y fundamentalmente... un pajero”.

Por primera vez recordó con sorpresa un antiguo y repetido decir de su padre: “Estar en pareja trae problemas, mejor cortarse solo. Vos sos el más vivo porque no te casás”. Empezó a entender su posición subjetiva como ligada a esta frase paterna, escuchada por él como un mandato que lo habría fijado tanto a su goce sexual masturbatorio como al síntoma de eyaculación precoz que padecía cada vez que lograba acceder a una mujer.

Estas revelaciones lo impulsaron a concretar la postergada compra de un departamento, con la fantasía de poder postularse como mejor partido y conquistar a su amada. Tras muchas cavilaciones, se atreve a abordar telefónicamente a la muchacha. El encuentro con su negativa lo desconcierta, ya que según su entender, tiempo atrás, ella le había dado señales de interés. Lloró largamente por su amada a la que lo ataba “un estricto interés amoroso”, carente de toda intención sexual.

Años atrás había podido mantener algunas relaciones con prostitutas, llegando en dos ocasiones a la penetración. Ubica que aquellos logros coincidieron con el momento en que su padre se había vinculado a otra mujer, llegando incluso a abandonar el hogar por un tiempo. Comenzó entonces a reprocharle a su progenitor la cobardía por haber retrocedido. Se preguntaba: “¿Qué es un hombre?”. A lo que se respondía “sé lo que no es un hombre: mi viejo, que le decía que sí a todo lo que exigía mi madre”. Esto lo lleva a otro enredo: pensar que si desea a una mujer podría caer en “otra desgracia: quedar sometido a los deseos de ella”. Evocó otra imagen retenida en forma especialmente patente: “Mi padre vaciando las botellas en el lavadero. Lo vi llorando de impotencia. Mi vieja había tomado pastillas y alcohol.”

A esta imagen viene a engancharse otra escena, que solía traer una y otra vez sin registrar sentimiento alguno: tendría dos o tres años cuando escuchó durante toda la noche una pelea entre sus padres. Luego, su padre atravesando la puerta del jardín... su madre siguiéndolo con un arma y amenazando con suicidarse. El padre volviendo sobre sus pasos para desarmlarla. El mirando la escena.

En cambio, lloró angustiado cuando recordó que su madre lo amenazaba con tirarlo al tacho de basura donde, además, decía haberlo encontrado.

Tras este recorrido, decide su primer viaje al exterior luego de diez años sin vacaciones. En esa oportunidad, dándose valor por medio de algunos tragos, se destacó como el más exitoso conquistador del grupo, actitud que provocó que una muchacha del lugar tomara la iniciativa de invitarlo a una semana de convivencia. Aunque esta vez no retrocedió, comentó que durante la noche debía permanecer despierto y vigilante porque tenía la fantasía de que ella pudiera robarle. La experiencia, le dejó finalmente otro saldo de angustia, ya que verificó el retorno de su impotencia para llevar a cabo el acto sexual. A este relato vino a asociarse el recuerdo de un sueño infantil del que despertó dando gritos: “Dormía con mi vieja y un Pinocho gigante quería sacarme de su lado”. Para esa época —entre sus seis y ocho años—, había tenido sus primeras erecciones, coincidentes con un síntoma de enuresis.

Comentó: "No entendía a qué venían, no sabía qué hacer ni cómo sacarme esa sensación". Ese síntoma infantil, desapareció cuando las siestas con su madre —a las que ella venía obligándolo bajo amenaza de castigos—, fueron contraindicadas por el nuevo pediatra. Pero confesó avergonzado que de las mismas él obtenía su rédito: mientras su madre se desvestía él fingía leer una revista para espiarla a través de un agujerito que practicaba al papel.

Bajo la presión de su dificultad para el acercamiento sexual, avanzó más allá de la significación que le había otorgado anteriormente: "Amar a una mujer y tener el pene adentro de su vagina me hace sentir una amenaza...; pero no es la sensación de que me lo corte; eso me suena a cuento, que no es real... Tuve otra imagen: una persona apoderándose de otra. Creo que tiene que ver con la imagen de mi viejo gobernado por mi vieja." Ubica en su amada rasgos similares a su madre. Dice: "Las dos bravas y locas." Prosigue diciendo que teme que por ser amado y tener sexo con una mujer, "tenga que soportar otras cosas, ser de su propiedad. Como si la vagina tuviera músculos poderosos que me fueran a dejar apresado física y sentimentalmente, preso de ella."

Tiempo más tarde, una bella mujer bastante decidida, le confesó abiertamente su interés en él. Accedió gustoso a salir y a acostarse con ella, aunque tampoco esta vez pudo evitar permanecer despierto. Cuando los encuentros comenzaron a espaciarse, intentó argumentar que se debía a que esa mujer ambicionaba salir con hombres de mejor posición económica. No obstante, cuando la relación se cortó unilateral y definitivamente, extrajo la misma conclusión: todo se malograba una vez más por sus papelones en la cama.

Esta nueva pérdida lo llevó a replegarse rechazando invitaciones. Y es en ese período, decididamente solitario, que aparecen más claramente las condiciones eróticas que regían su más íntima sexualidad. Cuando se excitaba, salía a la calle a mirar mujeres, supuestamente con la esperanza de animarse alguna vez a "hacerse un levante". Comentaba entonces que lo que lo hacía retirarse de la escena era la vergüenza que sentía ante la mirada de alguna mujer. Esta presencia de la mirada se desliza primero a la ocasión en que, siendo niño,

fue sorprendido por su madre mirando fotos de desnudos con un amigo, ocasión en la que además le exigió que le pidiera perdón. Este hecho reforzó la terrible vergüenza que le había generado el episodio.

El mismo sentimiento se actualizó cuando finalmente relató las condiciones bajo las que solía masturbarse, acusándose de ser "un exhibicionista pervertido". Así relató que estando solo en la casa de sus padres, corría las cortinas de la ventana con la intención de ser visto por una señora mayor que habitaba el piso superior; y que posteriormente, ya viviendo solo, salía a un patio interno y, con la misma fantasía de ser visto, lograba la erección plena que le permitía acabar satisfactoriamente.

La revelación de este fantasma condujo al paciente a vincular, en ese momento del análisis, sus dificultades sexuales y el consecuente fracaso con las mujeres a sus "conductas pecaminosas y degeneradas."

Caso 2

Xavier, de treinta y tres años, consulta conmovido por un hecho que le ha "cambiado la vida." Dice: "Mi jefe me cagó." Ocorre que toda su vida se había preparado para ocupar un puesto que finalmente le fue dado a otro, siendo él trasladado de sector y —según se dice en el lenguaje empresarial— "congelado."

"Ser un fracasado" es lo que para él define su repetición, cuestión que al principio relaciona al mandato materno de "ser presidente o nada." Finalmente, para ella, es sólo "un infeliz."

Desde este punto de vista, llega a afirmar: "Mi éxito ha sido el fracaso."

Nunca sintió deseos de capacitarse mediante los estudios pues estaba convencido de que su destino era ser un cadete. No obstante, siguiendo el impulso de un amigo, estudió y llegó a graduarse como profesional. Otro amigo le facilitó el ingreso laboral a una reconocida empresa. Dice que siempre hizo las cosas por la insistencia de otro. Y en cuanto a los

pocos intentos "por las suyas" dice: "Cuando querés asomar la cabeza, ¡zas!, el mazazo. Vienen y te la cortan."

Los recuerdos sobre su escolaridad primaria, revelan el modo en que articula su deseo: "Yo quiero mi Eureka, y así estoy atrasado 110 años, esperando lo seguro... Soy el autor de mi propia condición. Por quedarme en lo seguro, soy un muerto."

Siente que en la vida carece de "brújula" y responsabiliza por ello a su padre. Los sentimientos que éste le despierta oscilan entre la necesidad de acercarse y el odio, el reproche por su abandono, por su indiferencia y su actitud crítica hacia él. Las asociaciones ubican claramente al jefe "que lo cagó y lo dejó congelado" como figura sustitutiva de este padre.

Como dato interesante, podemos agregar que utiliza su computadora para agendar, programar y archivar en ella todos los hechos de su vida, tratando incluso de reducir todo lo subjetivo a este ordenador. Pero a cierta altura dice que no sabe qué hacer con un sueño que lo ha sorprendido: "Estaba en un hotel maravilloso con mi mujer y la esposa de un amigo. Yo miraba como ellas se besaban y las deseaba a las dos conmigo." Despertó con un intenso deseo sexual que lo avergüenza, y comenta: "Era el sueño del pibe, tener a las dos para mí; pero soñar con la mujer de mi amigo me hace preguntar si no seré un traidor." Esta pregunta lo conduce a un recuerdo de la adolescencia en el que, incitado por un amigo ávido de dinero, se presenta a canjear un cheque. Dice que el dinero grande se lo llevó el amigo, pero sintió siempre que era él quien había cagado al titular de la cuenta. El hecho lo atormenta aún hoy, y aunque sabe que es ilógico, piensa que la policía puede buscarlo por su responsabilidad en aquel asunto.

Se dice "enfermo de pensamientos y cobarde", porque nunca puede concretar un deseo si no se lo pide el otro. Esto lo lleva a plantear su fracaso respecto de los ideales que reconoce haber tenido: una familia, una hermosa casa, ser un profesional exitoso. Si se ha acercado a concretar los últimos es por obra de su esposa o un amigo. En cuanto a formar una familia, se siente angustiado por no poder tener un hijo.

El matrimonio se ha sometido a innumerables pruebas de fertilidad, y a pesar de obtener resultados normales, la concepción se ve obstaculizada por algo que ignoran. Comienza a abordar la problemática preguntándose: qué es ser un padre, qué es ser un hijo. Se imagina siendo un padre absolutamente diferente al suyo pues lo sigue responsabilizando por la falta de brújula con que lo ha dejado. Dice: "¿Cómo voy a ser padre yo, si a mi padre no le interesa lo que me pasa? Siempre que lo busqué estaba en su mundo. Nunca quiso nada para mí, todo lo que quiere es para él."

Cuando nota que su pequeño sobrino le demanda cosas, se siente un instrumento de su deseo y concluye: "Es como si un hijo sólo quisiera un padre para pedirle cosas materiales."

Luego de meses de intentar calcular su vida en la computadora, tanto el día estipulado para tener relaciones sexuales, los costos económicos de intentar una fertilización asistida, etc., concluye: "Imposible por la guita." No había entrado en el cálculo que su esposa cobrara una indemnización laboral. La respuesta a este hecho, es el comienzo de un clima de intensa agresividad con ella, que los coloca al borde de la separación. Se siente un objeto de su deseo, sin saber exactamente cuál, ya que las vacilaciones en el destino de ese dinero le hacen preguntarse si cuando ella dice querer un hijo en realidad quiere un auto.

Cualquier pedido es sentido como una orden caprichosa, tal como le ocurría con su madre. Sin embargo su queja sigue siendo la indiferencia paterna: "El, ni siquiera me pedía". Se reconoce tan sometido a una mujer como el padre a la madre. "Nunca tuvo voz propia, sólo para decir mentiras que nadie le creía y la imagen que daba es la de un idiota."

Cuando se decide a plantear la separación como intento de salir de la encrucijada que lo dejaba a merced del capricho del otro, su esposa queda embarazada. No puede afirmar el hecho. Dice: "Parece que está embarazada", y comienza a llenarse de cábalas —como tocarse el testículo izquierdo cuando alguien habla de su paternidad como un hecho—, para ahuyentar el peligro de la pérdida. Llama al potencial hijo, "un nieto para mi padre." Lo tranquiliza archivar notas sobre el embarazo en la computadora.

La angustia irrumpe francamente cuando la gestación se ve interrumpida por un aborto espontáneo a los tres meses. Lo vive como un castigo por haber pensado al comienzo del matrimonio, que si su esposa quedaba embarazada, le pediría que abortara, pues por entonces razonaba que para tener un hijo, "las cuentas no daban."

Hasta aquí el recorte del material. Un comentario del paciente abriría poco después otra instancia de trabajo analítico: "Mi nombre lleva una X. Tengo que despejarla, si no, estoy muerto."